

EL SUEÑO DE LA NACIÓN PRODUCE MONSTRUOS

Néstor E. Rodríguez

El más conocido de los 80 "caprichos" en los que Goya retrató la decadencia española de finales del siglo XVIII presenta la patética imagen del letrado durmiendo sobre su mesa de trabajo. El filósofo ha acomodado la cabeza entre los brazos al parecer rendido por el cansancio. Un ejército de lechuzas y murciélagos se le abalanza dispuesto a mortificar su sueño. Con aire de amenaza, una de las lechuzas ha blandido entre sus garras la pluma del ilustrado, gesto que destaca la indefensión de éste ante los monstruos que pueblan su universo intelectual una vez ausente la aparente transparencia de la vigilia. Goya corona este "capricho" con un inquietante apotegma: "El sueño de la razón produce monstruos". La estampa del genial artista puede servir de metáfora a una crítica del nacionalismo dominicano, tal y como se expresa en el discurso intelectual más reciente. Me refiero a la curiosa pervivencia en autores contemporáneos del saber que cuajó como narrativa dominante de la nación en la época de la dictadura trujillista de la mano de Manuel Arturo Peña Batlle, Emilio Rodríguez Demorizi y Joaquín Balaguer.

La segunda edición de *El ocaso de la nación dominicana* reivindica el lugar de preeminencia que ostenta Manuel Núñez entre los más dramáticos arcontes del nacionalismo nativo en la actualidad. La obra de Núñez refuerza punto por punto la gran narrativa de la nación imaginada por la intelectualidad colaboracionista en la época de Trujillo. Su estrategia consiste en rescatar el tropo fundamental de la teoría sobre lo dominicano urdida por esa *intelligentsia* nacionalista que le precede: el espectro de Haití como elemento desestabilizador del cuerpo antiséptico de la nación dominicana. Con todo, para revigorizar este anquilosado saber, Núñez precisa afinar esa narrativa fundamental para así adecuarla mejor al presente histórico, es decir, para asegurar la fijeza de esta particular interpretación de la historia nacional dominicana hace falta retocar sus lineamientos básicos. En *On Belief*, Slavoj Žižek describe esta maniobra de perpetuación ideológica del modo siguiente:

...para que un edificio ideológico ocupe un lugar hegemónico y legitime las relaciones de poder existentes tiene que adecuar su mensaje fundamental —y los máximos “heresiarcas” son aquellos que, empecinados en el mensaje fundacional, rechazan ese ajuste. (mi traducción, 8)

Manuel Núñez combina ambas posturas en su obra. Mientras modifica ligeramente ese “mensaje fundamental” de la narrativa nacionalista de la historia patria al agregar nuevos fundamentos al entramado que sostiene su supremacía, galvaniza los elementos ya existentes.

El autor establece como eje pivotal de su ensayo la reflexión en torno a “la preservación del Estado nación fundado en 1844” (109). En la lógica de Núñez, la integridad de la República Dominicana se encuentra amenazada tanto por la “implantación” en su territorio de los haitianos ilegales como por el reflujo migratorio de la comunidad dominicana radicada en el exterior. Ambos grupos son demonizados en el texto como agentes patógenos cuyos esquemas mentales deforman el cuerpo de la nación:

Todo apunta hacia el ocaso de la Nación que conocimos. Las emigraciones, la cultura, la lengua, los valores, lo

EL SUEÑO DE LA NACIÓN PRODUCE MONSTRUOS

que fue ayer la frontera espiritual... ha sido arropado por mudanzas en el ser nacional que transforman nuestra cultura campesina y el semblante espiritual de las ciudades. Mientras más nos alejamos de lo que hemos sido, va naciendo sobre la ruina de lo que fuimos, otra nación cuyo entronque con la haitianidad del campo y la americanidad de las ciudades constituidas ambas en fuerzas históricas desnacionalizantes, fraguará nuevos modos de vida, nuevas formas de cultura, y una nueva historia (237).

Como se ve, para Núñez la dominicanidad constituye una especie de monolito que precisa ser protegido de toda influencia considerada extraña. Este razonamiento tiene el efecto de justificar cualquier tipo de agresión en la custodia del sentimiento de pueblo: "el sentimiento de unidad nacional no se manifiesta como agresividad, sino como defensa de la Independencia, de la cohesión cultural; como preservación de la homogeneidad de la nación y el Estado, de la población y el territorio" (105).

El crítico puertorriqueño Rubén Ríos Ávila afirma con sobrada razón que "de la efeméride lo que sigue insistiendo es lo efímero" (16); Manuel Núñez se decanta por lo contrario. Según su interpretación, la *intelligentsia* postrujillista ha desvirtuado la historia de la nación al desmerecer la magnitud de la gesta independentista decimonónica y lo que ésta implica en tanto afirmación de una conciencia nacional:

La desaparición de este pasado, de los valores que trajo consigo y de la subjetividad del dominicano (literatura, creencias, contexto) de la prosa histórica constituye una inmolación del ideal nacional. Una de las mayores traiciones de los historiadores dominicanos, cuyas narraciones en lugar de crear valores, fuente de continuidad nacional, se ensañan con el acervo de la nación [sic]. No es hacernos comprender los acontecimientos que hicieron posible nuestra Independencia de Haití, el objetivo de estos historiadores, sino omitir la historia militar [sic]; no es preservar la memoria colectiva, respetando el monumental pasado, sino sustituirla con vulgaridades económicas y sociológicas (139).

Ese "monumental pasado" que en opinión de Núñez debe ser reverenciado es indicativo de su ansiedad por legitimar compulsivamente el origen del Estado-nación. Resaltar este fundamento se convierte en el motivo que sostiene toda su argumentación en torno a la "crisis" nacional contemporánea como consecuencia de "la incapacidad para interpretar el conjunto de consecuencias de la inmigración haitiana" (129). Recurriendo al pensamiento de Ernest Renan, Núñez reitera la necesidad de recuperar la "conciencia histórica" de lo cotidiano como única garantía de sobrevivencia para la cultura dominicana en el momento actual. En otras palabras, el autor considera que la dominicanidad es una "realidad... intrínseca, intransferible" que precisa ser reafirmada en un plano interior por los individuos que la ostentan. Esta idea de la "conciencia histórica" nacional queda matizada en los siguientes términos:

...se trata de una interpretación histórica. Credos y valores que han de transmitirse de generación en generación. Convivencia común. Lucha contra toda injerencia extranjera. Proyectos colectivos, memoria de una vida vivida, todo ello actúa, como un valladar contra la imposición de nuevos valores, pero también como un estímulo para la creatividad (217).

La dimensión creativa que Núñez relaciona a esa manifestación de la "conciencia histórica" constituye uno de los pilares del pensamiento nacionalista. En "Nacionalidad y nacionalismo filosófico", Jacques Derrida examina esta característica partiendo del análisis minucioso del "Discurso a la Nación Alemana" de Fichte. Derrida describe la circularidad propia al "principio nacional" en la filosofía para destacar el hecho de que todo nacionalismo es "esencialmente" filosófico en tanto que al mismo le corresponde enunciar un origen discursivo con el cual "llevar a la claridad del concepto lo que ya existía" (35), la nacionalidad o sentimiento de pueblo. Por supuesto, para que ese fundamento persista como tal necesita ser adecuado a las contingencias del presente histórico, es decir, la vigencia de este origen depende precisamente de la capacidad de ser reinscrito en la praxis cotidiana como novedad:

EL SUEÑO DE LA NACIÓN PRODUCE MONSTRUOS

La figura del círculo se impone, pues se trata... de volver a un origen que no consiste por otra parte sino en un principio de lo originario y de la creatividad. La creatividad es circular, la creación de lo nuevo... no es sino un recurso, un remedio, una vuelta circular a la fuente.(36)

En el argumento de Núñez la independencia de 1844 conforma esa "fuente" cohesiva a la que hay que regresar en pos del mantenimiento de la cultura dominicana; de ahí la tendencia repetitiva del autor de recalcar elementos como la soberanía política, el estado de derecho, la geografía y la Constitución, entre otros, para caracterizar la supuesta precariedad de la cultura dominicana ante la "colonización permanente" (137) de los haitianos:¹

con los haitianos llega también su 'cosmovisión cultural', sus estilos de vida, sus hábitos de trabajo, sus costumbres, sus herencias biológicas, cuando se emparientan con el tronco étnico dominicano.(138)

Es patente que la tesis de *El ocaso de la nación dominicana* responde a la misma modalidad retórica que marca la obra nacionalista de sus predecesores. Ahora bien, la particularidad de la interpretación de Núñez con respecto a las de Peña Batlle y Balaguer estriba en que éste privilegia variables de índole cultural y legal más que el recurso de la "raza" para establecer la distinción entre Haití y la República Dominicana. En efecto, en el modelo identitario nacional preconizado por Núñez la raza se describe como un aspecto superado en la discusión sobre "lo dominicano": "lo dominicano agrupa a todas las razas, y las trasciende. Porque es la concreción de una mentalidad y de un modo de vida fraguado en varios siglos de convivencia entre negros, blancos y mulatos" (22). Más adelante en su ensayo, Núñez matiza lo anterior aduciendo la vigencia de cierto imperativo moral

1 Como explica Carlos J. Alonso, esta obsesión con identificar en el proceso independentista los orígenes de la identidad nacional, es decir, la independencia como un grado cero al que hay que regresar con la tarea de autorizarlo constantemente, es un lugar común en la literatura latinoamericana, principalmente en el ensayo. (*The Burden of Modernity* 3-19).

en la conformación de la identidad cultural:

La raza no es el fundamento de la identidad del dominicano. Nuestra idea de nación no está encastillada en ninguna raza. Ni, como se ve, unidad religiosa. El principio constitucional de nuestra nación se basa en la igualdad de todos los dominicanos, sin importar la raza ni la religión ni la ideología. Es un principio moral formado por una creencia colectiva de que estas disparidades sociológicas no han de constituir una amenaza para mantener la unidad de la nación (61).

El autor parece aludir con esto a que los dominicanos han llegado a constituir una especie de "raza cósmica", esto es, una raza universal de raigambre latina en la que desaparecen las diferencias, tal y como teorizara José Vasconcelos a principios del siglo XX.

Como prolongación de la teoría de la dominicanidad articulada por Peña Batlle y Balaguer, el pensamiento de Núñez recae en el tópico de la cultura nacional asediada por elementos ajenos a su conformación. Por supuesto, esta retórica del desastre identifica en Haití el agente foráneo más nocivo:

El país se ha olvidado de sí mismo. Vaga errático en un laberinto sin hallar las soluciones porque le han amputado la comprensión de su historia. Las hordas hambreadas del país vecino lo recorren. Los cimientos de la enmarañada tramoya de nuestra sociedad han sido corroídos por una minoría procelosa, que extermina la prosperidad que laboriosamente habíamos labrado (79).

Así pues, mientras Balaguer afinca su denuncia del "peligro" haitiano en la idea de la "penetración pacífica" del territorio (31), Núñez destaca la pervivencia entre los nacionales haitianos de una "voluntad de enmarañarse en nuestra historia, de incrustarse como minoría nacional dentro de nuestro Estado nación" (105). Pero los haitianos no son los únicos sujetos históricos que ponen en peligro la integridad de la nación. Núñez despótica por igual tanto contra las instituciones que denuncian la situación de

EL SUEÑO DE LA NACIÓN PRODUCE MONSTRUOS

los haitianos en Santo Domingo (ONG, organismos internacionales, la diáspora haitiana, la orden de los jesuitas en la isla), como contra la comunidad dominicana en el exterior, los llamados peyorativamente "dominican-york":

La infravaloración de sí mismos lleva a los dominicanos a reproducir un sentimiento de incapacidad en sus propias fuerzas. Una resignada impotencia ante los retos que le plantea la descomposición, generada por la implantación en los entresijos de la sociedad dominicana de una cultura de la emigración, de la huida, de la idealización de vida en el extranjero y de un proceso de colonización de indocumentados haitianos, apadrinados por un concierto de fuerzas confabuladas, que reclama, sin mediatintas [sic], la desmembración del territorio dominicano (459).

Tal y como se manifiesta en el pensamiento nacionalista de Peña Batlle y Balaguer, en Núñez el tropo de la frontera (geográfica, cultural o "espiritual") ocupa un lugar preeminente en la manera de enunciar la nación. El siguiente fragmento de Núñez, por ejemplo, se podría intercalar en cualquiera de las obras de sus predecesores sin requerir ninguna modificación a sus premisas básicas:

Si los factores que obran actualmente en el país, en lo que se refiere a esta colonización humana, mantienen su imperturbable desarrollo; si nada detiene lo que ahora se produce sin escollos aparentes, llegaremos a un punto de no retorno. Ese día habrá desaparecido la frontera nacional (198).

La retórica del desastre patente en *El ocaso de la nación dominicana* confirma el desasosiego que invade actualmente a los arcontes del nacionalismo dominicano al verse incapacitados para dominar como antes el debate en torno a la identidad nacional. La inquietud de Manuel Núñez refleja de forma contundente cómo la historia de la nación articulada por la intelectualidad trujillista empieza a perder vigencia en tanto monumento. Sus apologistas presienten la quiebra de esta Gran Narrativa como discurso preponderante. Es precisamente esa precariedad lo que

ESTUDIOS SOCIALES 127

genera en autores como Núñez ese renacimiento de las posturas nacionalistas propias de épocas anteriores en la historia dominicana. Lo que se les escapa a estos guardianes es que el espacio de la nación está cada vez menos sujeto a la preceptiva funcionalista que dio legitimidad a la teoría de una dominicanidad homogénea en la época de la dictadura. Hoy por hoy, el ámbito de la nación es inaprensible para este tipo de tecnología retórico-política. Lo que antes garantizaba el lugar privilegiado del intelectual nacionalista en el cuerpo social, la codificación del espacio nacional de acuerdo a una normativa irrefutable, pierde su validez frente a la cantidad de juegos de lenguaje heterogéneos que se disputan la topografía simbólica del país. En *La invención de lo cotidiano*, Michel de Certeau utiliza la metáfora de la ciudad para ilustrar este tipo de encrucijada ideológica:

el lenguaje del poder 'se urbaniza', pero la ciudad está a merced de los movimientos contradictorios que se compensan y combinan fuera del poder panóptico. La Ciudad se convierte en el tema dominante de los legendarios políticos, pero ya no es un campo de operaciones programadas y controladas. Bajo los discursos que la ideologizan, proliferan los ardidés y las combinaciones de poderes sin identidad legible, sin asideros, sin transparencia racional: imposibles de manejar (107).

Es en la contingencia de estas combinatorias discursivas en donde habría que empezar a identificar "lo dominicano" en la historia cultural del Santo Domingo de hoy. Sólo a partir del reconocimiento de estas variables el sueño de la nación podría resultar en una actividad provechosa de cara a la construcción de una sociedad civil más tolerante con respecto a las culturas diferentes.

OBRAS CITADAS

ALONSO, Carlos J. *The Burden of Modernity: The Rhetoric of Cultural Discourse in Spanish America*. New York: Oxford University Press, 1998.

EL SUEÑO DE LA NACIÓN PRODUCE MONSTRUOS

- BALAGUER, Joaquín. *La isla al revés: Haití y el destino dominicano*. Santo Domingo, Corripio, 1983.
- NÚÑEZ, Manuel. *El ocaso de la nación dominicana*. Santo Domingo: Letra Gráfica, 2001.
- DE CERTEAU, Michel. *La invención de lo cotidiano*. Trad. Alejandro Pescador. México: Universidad Iberoamericana, 1996.
- DERRIDA, Jacques. "Nacionalidad y nacionalismo filosófico." Trad. Marie-Christine Peyrone. *Diseminario. La desconstrucción, otro descubrimiento de América*. Ed. Lisa Block de Behar. Montevideo: Editorial XYZ, 1987.
- RÍOS ÁVILA, Rubén. *La raza cómica del sujeto en Puerto Rico*. San Juan, Puerto Rico: Ediciones Callejón, 2002.
- ZIZEK, Slavoj. *On Belief*. Londres: Routledge, 2001.